

TÍTULO: ABRÍ LOS OJOS

Abrí los ojos, mi mirada aun borrosa no lograba enfocar con nitidez aquella luz situada en el techo, permanecí así unos instantes hasta que lo conseguí. La luz me cegaba, pero aun así no podía apartar la mirada. Giré el cuello en un acto de defensa. Otra luz, la luz del día atravesaba aquella ventana a través de la persiana. De repente, en el jardín dormido de mis sentidos, el susurro de aquel aroma me hizo florecer, era un olor conocido, pero no conseguía relacionarlo con nada. De nuevo, provoqué una respiración más profunda, tratando de recoger los matices de aquel inquietante aroma, pero mis intentos fueron en vano. Mi cuerpo enlentecido, era incapaz de procesar toda aquella información, cuando a la vez, sentí un cosquilleo. El flequillo acariciaba suave y ligero una parte de mi frente, demasiado intenso para disfrutar de aquella caricia improvisada. Mi mano, siempre fiel a mi mandato, ahora era incapaz de apartar aquella corona de espinas, pero no era solo la debilidad de mi cuerpo por la que no respondía, mis dos manos estaban atadas a la cama, fue ahí donde empecé a percibir la presión en mis muñecas, recorrí mentalmente mi cuerpo, asustada, tratando de sentir, tratando de conectar cuerpo y mente. Ahora eran mis tobillos los que se ahogaban, tampoco podía mover las piernas. ¿Qué me estaba pasando? ¿Qué me había pasado? ¿Dónde estaba? ¿Quién me había dejado así? Era como si mi recuerdo reciente hubiera desaparecido, alguien me había robado parte de mi mente y de mi voluntad, yo no quería estar allí. La sensación de miedo y terror comenzaron a resurgir, ahora no eran tan atronadoras, algo las aplacaba. Y de nuevo la soledad, allí estaba, frente a mí y con sus terribles y despiadadas preguntas. Cerré los ojos y me abandoné al descanso.

Abrí los ojos, me conecté con él, aquellos ojos tras las lentes me miraban con atención, curiosos, atentos, preocupados. Tenía frío, aquel camisón era fino, deslucido, y me quedaba grande, me sentía vulnerable frente a aquella mirada que solo quería ayudarme. Mi atención estaba demasiado ocupada pensando que era alguien insignificante, que debía esconderme, salir de allí, desaparecer en ese mismo instante.

Abrí los ojos, de nuevo me encontré con aquellos ojos. Preguntas y silencios, más preguntas y esa mirada atenta que hacía de faro en aquel laberinto oscuro

y frío. Esta vez pude hablar, quería saber qué estaba haciendo allí, de algún modo, reconocía que algo se había descontrolado. Articulé como pude un protocolario “bien”, mi boca estaba adormecida, seca, sin apenas energía. Quería volver a casa, a mi lugar seguro, a mi trinchera. Aquel hombre de bata blanca con el logotipo del Hospital Universitario de Fuenlabrada relató el suceso, un suceso que supuestamente tenía que ver conmigo, y el motivo que explicaba el porqué estaba en aquel lugar. Pero me negué a aceptarlo.

Abrí los ojos, en aquel pasillo nada ni nadie tiene que ver conmigo, siento la derrota de la vida, rodeada de almas errantes que han perdido la esperanza. Paseantes, soldados de una guerra, víctimas inocentes, exiliados de la vida, e invisibles para los ojos curiosos que miran. No quiero seguir cargando con más responsabilidad, me encojo de hombros, y sigo recorriendo aquel pasillo interminable, la sensación de vacío me acecha, bajo la cabeza y camino, no quiero pensar.

Abrí los ojos, de nuevo aquellas lentes, aquella mirada. Esta vez a mi lado, sin mesa, sin barreras, codo a codo, es realmente la distancia que anhelaba. Estoy tranquila, escucho aquel tono de voz, me acuna, me cuida y me dejo llevar. Por fin te reconozco, eres tú, mi terapeuta, el que me escucha, el que me guía, el que me cree y no juzga, el único que confía.

Abrí los ojos, estoy segura, nada puede salir mal. Todo me pesa, me carga y ya no puedo más. Aquellas preguntas no consiguen liberarme, trato de escapar, pero solo arrastro la carga, y mi alma se desgarrar, todo me duele. Las heridas supuran y vuelven a sangrar, y comienzo a llorar. Son todas aquellas lanzas de mi historia vital que me atraviesan, que se quedan clavadas, y no puedo arrancar. Y tú sigues ahí ¿por qué no te vas? El silencio y la calma, y es justo en aquel momento en el que me atrevo a contar mis secretos, mi vergüenza y mi pesar.

Abrí los ojos y me miré, de manera sincera, profunda y amable, y gracias a ti entendí que yo no era culpable. Que aquellos niños, compañeros del colegio, solo respondían por los malos tratos de sus padres. Que mis padres, de algún modo, me querían, pero eran inexpertos e irresponsables. Que aquel chico, mi primer amor, se había contaminado de violencia y machismo. Que la perfección

no existe y que no debía perseguirla. Que mis compañeros de trabajo, solo tenían miedo al fracaso, a su fracaso. Que soy yo misma la que me tengo que respetar y querer, que es imposible cosechar la aceptación de todos. Y que mi hija, a la que sigo sintiendo, pero sin el abrazo tierno, fue el resultado de una decisión pasada, distorsionada y equivocada, y no hay nada más.

Y no, no estaba triste, no era la tristeza la que gobernaba mi vida. Lo insoportable era el dolor de mi alma, era con lo que realmente no podía.

Abrí los ojos, y por fin fui libre